



Congregación General 13

Meditación Rev. Timothy Radcliffe, O.P.,

Lunes, 21 de octubre de 2024

Estamos a punto de embarcarnos en nuestra última tarea: examinar el documento final, enmendarlo y votarlo. Hoy nos preparamos para ejercer esta pesada responsabilidad. ¿Cómo vamos a hacerlo? ¡Con libertad! San Pablo escribió a los Gálatas: "Para la libertad nos ha liberado Cristo". (5.1). Nuestra misión es predicar y encarnar esta libertad. La libertad es la doble hélice del ADN cristiano. En primer lugar, es la libertad de decir lo que creemos y de escuchar sin miedo lo que dicen los demás, en el respeto mutuo. Es la libertad de los hijos de Dios para hablar con valentía, con *parrésia* (por ejemplo, Hechos 4.29), como los discípulos declararon con valentía la buena nueva de la Resurrección en Jerusalén. Gracias a esta libertad, cada uno de nosotros puede decir "yo". No tenemos derecho a callar.

Esta libertad tiene su raíz en una libertad más profunda, la libertad interior de nuestros corazones al descubrir las decisiones que se toman. Las decisiones del Sínodo pueden decepcionarnos. Algunos las consideraremos desacertadas o incluso erróneas. Pero tenemos la libertad de quienes creen que, como escribió San Pablo a los Romanos, "Dios obra todo para el bien de los que le aman" (Romanos 8.28). Y, esperamos, ¡incluso para los que no lo hacen! Podemos estar tranquilos porque "nada puede separarnos del amor de Dios", ni siquiera la incompetencia, ni siquiera los errores. Gracias a esta libertad, podemos atrevernos a pertenecer a la Iglesia y decir "Nosotros".

El corazón de nuestra toma de decisiones es esta doble hélice de libertad agraciada. Porque la libertad de Dios opera en lo más profundo de nuestro libre pensar y decidir. Santo Tomás de Aquino enseñó que la gracia perfecciona la naturaleza. No la destruye. Cuando Santo Tomás preguntó a los magos cómo habían llegado tan rápido a Belén, respondió que se debía a la gracia de Dios y a la velocidad de los dromedarios.¹ ¡Consideremos brevemente cada una de las dimensiones de esta libertad agraciada. En una ocasión, un sacerdote comenzó su homilía en la Misa vespertina diciendo: "Esta mañana no he tenido tiempo de prepararme y he tenido que confiar en el Espíritu Santo. Ahora he tenido tiempo de pensar por mí mismo y espero hacerlo mejor". No era dominico, ni siquiera jesuita. Creer en el Espíritu Santo no nos exime de utilizar nuestra mente en la búsqueda de la verdad. Tomás afirmaba que sería un insulto al Espíritu Santo no pensar en las decisiones y, por

¹ partim quidem adducti divina virtute, partim autem dromedariorum velocitate" (*Summa theol.* III q.31 a.6 ad 3).

ejemplo, echar a suertes. Vivian Boland OP dijo, 'somos hijos de Dios, de modo que en nuestro pensar deseando, temiendo y prefiriendo, también actúa el Espíritu Santo².'

En una obra titulada *Un hombre para todas las estaciones*, Santo Tomás Moro implora a su hija Meg que honre la capacidad de pensar que Dios nos ha dado: "Escucha, Meg, Dios hizo a los ángeles para que le mostraran su esplendor, como hizo a los animales por su inocencia y a las plantas por su simplicidad. Pero hizo al hombre para servirle ingeniosamente (inteligentemente), en la maraña de su mente."³

Yves Congar fue silenciado por Roma. Incluso fue exiliado a Inglaterra, ¡un destino terrible para un francés! Por extraño que parezca, nunca apreció nuestra cocina. En plena crisis, escribió en su diario que la única respuesta a esta persecución era "decir la verdad. Con prudencia, sin escándalos provocadores e inútiles. Pero seguir siendo -y llegar a ser cada vez más- un testigo auténtico y puro de lo que es *verdad*."⁴

No debemos tener miedo al desacuerdo, pues el Espíritu Santo actúa en él. Un día, un hombre acudió a su rabino para quejarse de su mujer. Al final de la conversación, el rabino le dijo: 'Amigo mío, tienes toda la razón, estás justificado'. Aquella tarde, la mujer del hombre fue a ver al rabino y se quejó largamente de su marido. Al final de la conversación, el rabino le dijo a la mujer: "Amigo mío, tienes toda la razón, ¡estás justificado! Cuando la mujer se marchó, la esposa del rabino le dijo: 'Pero estás totalmente equivocado. No puedes decir que ambos tienen razón, que ambos están justificados'. Y el rabino respondió a su mujer: "¡Tienes razón!

Esta es nuestra libertad: pensar, hablar y escuchar sin miedo. Pero esto no es nada si no tenemos también la libertad de los que confían en que 'Dios obra todo para el bien de los que aman a Dios'. Así podemos estar en paz con cualquiera que sea el resultado. Como dijo célebremente la mística inglesa del siglo XIV Julián de Norwich: "Todo irá bien; todas las cosas irán bien". La providencia de Dios actúa suave y silenciosamente, incluso cuando las cosas parecen ir mal.

La providencia de Dios está entretejida en la historia de nuestra salvación desde el principio. La caída de Adán y Eva se convierte, por la gracia de Dios, en la *felix culpa* que conduce a la encarnación. La horrible muerte de Nuestro Señor en la cruz conduce al triunfo de Cristo sobre la muerte.

Así pues, aunque el resultado del Sínodo le decepcione, la providencia de Dios está actuando en esta Asamblea, llevándonos al Reino por caminos que sólo Dios conoce. Su voluntad para nuestro bien no puede frustrarse. Durante el retiro, cité la respuesta del cardenal Consalvi al monseñor alarmado que decía que Napoleón quería destruir la Iglesia: "Ni siquiera nosotros lo hemos conseguido". Cuando Abraham pensó que debía matar a su amado hijo único, el Señor le proporcionó el carnero clavado en los arbustos. En la montaña, el Señor proveerá". (Génesis 22.14)

²Homilía inédita para la Semana Santa 4, Domingo, Año A

³ Por Robert Bolt

⁴ *Journal d'un théologien 1946 - 1956*, traducido por Denis Minns OP, ATF, Adelaide, 2015, p.340. De *Journal d'un théologien 1946 - 1956*, Edition du Cerf, Paris, 2000, p.271.

A menudo no tenemos ni idea de cómo actúa la providencia de Dios en nuestras vidas. Hacemos lo que creemos correcto y el resto está en manos del Señor. Éste es sólo un sínodo. Habrá otros. No tenemos que hacerlo todo, sólo intentar dar el siguiente paso. Santa Teresa de Ávila escribió al final de su larga y difícil vida: "Somos nosotros los que hemos comenzado la obra; corresponde a los que nos siguen seguir comenzando...".⁵ No sabemos cómo. Eso ya es cosa nuestra.

Al igual que Congar, Henri de Lubac SJ sufrió persecuciones antes del Concilio. Pero en medio de ese sufrimiento escribió la hermosa y serena *Méditation sur l'Eglise*⁶ un himno de amor a la misma Iglesia que le perseguía. Escribió: "Lejos de perder la paciencia, [la persona perseguida] tratará de mantener la paz, y por su parte hará un gran esfuerzo por hacer esa cosa difícil: conservar una *mente más grande que sus propias ideas*. Cultivará "esa especie de libertad por la que trascendemos lo que nos envuelve más remordimientosamente... Evitará 'la terrible autosuficiencia que podría llevarle a verse a sí mismo como la norma encarnada de la ortodoxia, porque pondrá "el vínculo indisoluble de la paz católica" (citando a San Cipriano) por encima de todas las cosas...".⁷ Espero que sea canonizado pronto.

Si sólo tenemos la libertad de defender nuestras posiciones, nos veremos tentados por la arrogancia de quienes, en palabras de De Lubac, se ven a sí mismos como "la norma encarnada de la ortodoxia". Acabaremos tocando los tambores de la ideología, ya sea de izquierdas o de derechas.

Si sólo tenemos la libertad de quienes confían en la providencia de Dios, pero no nos atrevemos a entrar en el debate con nuestras propias convicciones, seremos irresponsables y nunca maduraremos. La libertad de Dios actúa en el núcleo de nuestra libertad, brotando en nuestro interior. Cuanto más es verdaderamente de Dios, tanto más es verdaderamente nuestra. Como hijos libres de Dios, podemos decir cada uno "yo" y decir juntos "nosotros".

⁵ Citado por McVey, *Dialogue*, p.55

⁶ Escritos entre 1945 y 1950

⁷ Cito de *The Splendour of the Church*, trans de Michael Mason, Sheed and Ward, Londres y Nueva York, 1956, p. 187